

que le guiase á Longwood para presentarle al ilustre cautivo. El almirante había establecido por sí la costumbre de que se solicitase la venia de Napoleón antes de presentarse á él, para lo cual servía de intermediario el gran mariscal Bertrand; y esta vez faltó á la citada costumbre, trasladándose con sir Hudson-Lowe á Longwood, sin anunciar de antemano su visita. Napoleón mandó responder que se hallaba indispuerto y no podía recibir á nadie. Sir Hudson-Lowe preguntó cuando podría ver al general Bonaparte y le dijeron que al día siguiente. Veinticuatro horas después volvió sir Hudson-Lowe á Longwood, acompañado del almirante. Fué recibido por el gran mariscal Bertrand y el general Gourgaud, quienes le condujeron hasta la habitación en donde le esperaba el emperador destronado. En aquel momento sucedió un incidente enfadoso. Mientras que conducían al nuevo gobernador á la presencia de Napoleón, el almirante que conversaba con uno de los circunstantes, no lo notó, y cuando quiso entrar en la sala de la audiencia ya habían cerrado la puerta los criados. Creyendo que sólo debía abrirse para el gobernador, no se atrevieron á abrirla para el almirante, y éste, vivamente incomodado, montó á caballo y regresó á James Town seguido de sus ayudantes de campo.

La entrevista de Napoleón con sir Hudson-Lowe fué ceremoniosa y fría. Napoleón estaba disgustado por la manera con que el nuevo gobernador se había presentado en su casa la víspera, y éste á su vez no se hallaba muy satisfecho de la contestación de Napoleón aplazando su visita para el día siguiente. Así pues, sus mutuas disposiciones no eran las más á propósito para que fuese amistoso su primer encuentro. Napoleón, comprendiendo de una sola ojeada al personaje que tenía delante, vió que estaba en presencia de uno de los hombres más apasionados de la coalición, y hasta el rostro de sir Hudson-Lowe le indujo á exagerar esta apreciación. Después de recibirle con finura, pero al mismo tiempo con reserva, se quejó con brevedad, y sin dignarse solicitar su supresión, de las molestias que le imponían, é indicó que aguardaba á ver el comportamiento del nuevo gobernador para saber si debía alegrarse ó no de su llegada á Santa Elena. Sir Hudson-Lowe protestó su deseo de conciliar los difíciles deberes de su misión con el bienestar de los desterrados, pero sin expresar con mucho calor sus protestas, y se retiró después de una entrevista de corta duración.

Apenas se alejó sir Hudson-Lowe, Napoleón dijo á sus compañeros de destierro que nunca había visto una cara de esbirro italiano como la suya, y añadió: «Ya veréis cómo echamos de menos á nuestro tiburón.» Entonces le refirieron lo que había pasado al almirante, y aunque al pronto se sonrió, no pudo menos de sentir el incidente conociendo el carácter pundonoroso y arrogante de lord Cockburn. Sin embargo, aunque estaba ofendido, era incapaz de tomar venganza, lo que no sucedió respecto del nuevo gobernador, el cual herido en su amor propio por el recibimiento que le habían hecho, era hombre muy capaz de llevar al exceso una autoridad que parecían haber tenido tan poco en cuenta. Partiendo de este principio, apenas se instaló en Plantation House, quiso aplicar con todo rigor tanto los reglamentos del almirante como los que pretendía deducir de las instrucciones que le había dado

lord Bathurst. Napoleón se había quejado porque ponían desde el anochecer centinelas al pie de su ventana; no quería tampoco al montar á caballo verse reducido á dar vueltas en un mismo círculo ó á ser acompañado por un oficial inglés. Sir Hudson-Lowe respondió que estas medidas, conocidas de lord Bathurst y aprobadas por él, debían ser ejecutadas al pie de la letra. Al mismo tiempo renovó al oficial de servicio la orden de no pasar un solo día sin ver con sus propios ojos al prisionero.

El mismo rigor empleó para la ejecución de algunas prescripciones que el almirante había, por decirlo así, hecho caer en desuso. Así pues, aunque los reglamentos ministeriales prohibían toda clase de comunicación con los habitantes de Longwood sin permiso del gobernador, el almirante consentía que fuesen admitidos los que deseaban verlos, sin más trámites que la simple autorización del gran mariscal Bertrand, razón por la cual habían circulado sin dificultad los servidores que acudían á la morada de los prisioneros para las necesidades materiales; hasta algunos ingleses notables, conocidos del almirante, y que por lo tanto no inspiraban desconfianza, fueron recibidos en Longwood con sólo pedir la venia por conducto del gran mariscal Bertrand, y Napoleón, á quien habían interesado algunos instantes, les dispensó una buena acogida. Ningún obstáculo, ningún inconveniente se oponía á que las cosas continuasen del mismo modo; pero sir Hudson-Lowe exigió que sin su permiso no tuviese lugar ninguna comunicación, y que toda carta destinada á Longwood, ó procedente de este punto, pasase por sus manos. Proponiéndose además disminuir las ocasiones de escribir á los miembros de la colonia de Longwood, les destinó un proveedor especial, escogiendo para este empleo al propietario del pabellón de Briars en donde Napoleón había pasado algunas semanas.

Estos nuevos é inesperados rigores irritaron á los desterrados. Sir Hudson-Lowe fué á visitar de nuevo á Napoleón, y éste le recibió con mayor frialdad que la primera vez, enviándole á presencia del gran mariscal para que se explicase con él acerca de la ejecución de los reglamentos. El gran mariscal reclamó contra las nuevas y las antiguas molestias que les ocasionaban, expresándose con mucha vehemencia; pero encontró una gran tenacidad en sir Hudson-Lowe y le declaró que, si persistía en sus intenciones, Napoleón no volvería á salir de sus habitaciones, y en este caso, si la falta de ejercicio era funesta para su salud, tendría el gobernador que responder de su conducta ante la opinión universal. Sir Hudson-Lowe no se dejó intimidar por estas amenazas, afectó considerar su conducta como la más natural, como la que se desprendía necesariamente de sus instrucciones, y como la que debía alcanzarle en Longwood una acogida amistosa igual á la que se dispensaba al almirante Cockburn. Con este modo de apreciar las cosas no debía tardar en poner el colmo á la deplorable lucha que después proporcionó tantos sufrimientos á su prisionero, y á él mismo tantas y tan lastimosas imputaciones.

Acababa de llegar la flota de la India, y á su bordo venían lord Moira, gobernador de la India, y lady Moira su esposa, los dos con el mayor deseo de ver á Napoleón; pero habiendo declarado el ilustre cautivo que no

permitiría que le asimilasen á un prisionero abriendo ó cerrando á voluntad la puerta de su prisión, y que no recibiría á nadie que no pudiese su venia por conducto del gran mariscal Bertrand, lord y lady Moira no se atrevieron á hacer una petición sujeta á tantas dificultades. Sin embargo, con el fin de satisfacer su curiosidad cada vez más viva, sir Hudson-Lowe envió una esquila de convite al mariscal Bertrand para que acudiese á una comida que pensaba dar en Plantation House, y le acompañó otra para Napoleón diciendo que, si el general Bonaparte aceptaba su ofrecimiento, lady Moira se consideraría muy dichosa en conocerle. A decir verdad no había en este paso dado por el gobernador más que una falta de tacto y no en modo alguno la intención de ofender al glorioso prisionero; pero el gran mariscal Bertrand se incomodó muchísimo al recibir las dos invitaciones, y Napoleón lo mismo, porque no podía consentir en que le considerasen como un objeto de curiosidad á disposición del gobernador de Santa Elena, para que obsequiase con su vista á los huéspedes á quienes se propusiese dispensar una buena acogida. Sir Hudson-Lowe no sufrió solamente la negativa del gran mariscal Bertrand, sino que presentándose en Longwood fué recibido esta vez de otro modo que con la simple frialdad que en las anteriores entrevistas le habían demostrado. Napoleón le dirigió las más duras palabras «Estoy asombrado, le dijo, de que os hayáis atrevido á enviarme la invitación que os ha devuelto el gran mariscal Bertrand. ¿Habéis olvidado quién sois y quién soy yo? Ni vos ni vuestro gobierno tenéis derecho para quitarme un título que la Francia me ha dado, que la Europa entera ha reconocido y con el cual me designará la posteridad. Que vos y la Inglaterra queráis ó no, soy y seré siempre para el universo el emperador Napoleón. Doy, pues, muy poca importancia á vuestras calificaciones, pero sí me he ofendido al ver que habéis esperado llevarme á vuestra casa para ofrecerme á la curiosidad de vuestros convidados. La fortuna me ha abandonado, pero no hay nadie en el mundo que pueda hacer del emperador Napoleón un objeto de irrisión.» Sin embargo, después de pronunciar estas severas palabras Napoleón se calmó y sir Hudson-Lowe se excusó mucho respecto de sus intenciones, alegando que el deseo de lord y lady Moira no era más que un homenaje á su gloria, y que únicamente había querido saber si su entrevista con estos considerables personajes de la Inglaterra podía ser de su agrado. Napoleón escuchó estas explicaciones sin admitirlas ni desecharlas, y despidió al gobernador algo más humillado que en sus dos primeras visitas.

El paralelo entre sir Hudson-Lowe y el almirante Cockburn era, pues, favorable para este último, quien no tardó en partir á Inglaterra. Antes de embarcarse se presentó en Longwood para ver al gran mariscal, despedirse de él y expresarle el sentimiento que le causaban los rigores aumentados á la cautividad de Napoleón y las deplorables relaciones entabladas con el nuevo gobernador, cuyas intenciones, aseguraba, no eran tan malas como se suponía. El gran mariscal respondió cordialmente á los testimonios afectuosos del almirante, le suplicó que diese á conocer á la nación británica el estado á que había sido reducido el gran hombre confiado á su generosidad, le rogó que se des-

pidiese de Napoleón, y se excusó de nuevo con él por el desagradable incidente que había ocurrido el día de la presentación de sir Hudson-Lowe. Pero el almirante, tan susceptible como generoso, no quiso ver á Napoleón. Encargó al gran mariscal que se despidiese de él en su nombre, afirmándole que al hallarse de regreso en Inglaterra no sería en modo alguno el enemigo de su desgracia. Efectivamente, el almirante cobró una verdadera simpatía hacia Napoleón, y no cesaba de decir que era el más amable, el más dócil de todos los prisioneros de Santa Elena; y dirigiéndose á él mismo mejor que á ningún otro, era fácil entenderse con él cuando no era de todo punto imposible un acuerdo.

El almirante Cockburn partió con sentimiento de aquella infortunada colonia, y apenas se alejó cuando surgieron nuevas dificultades. El ministerio británico había ordenado que se exigiesen á los compañeros de Napoleón un acto de sumisión formal á todas las restricciones impuestas á su libertad, y que los que no se conformasen fuesen enviados á Europa. Además había juzgado excesivo el gasto que se hacía en Longwood, y que se explicaba en vista de la carestía de todas las cosas en Santa Elena, y del número de personas que había que mantener, cincuenta entre amos y criados, esposas é hijos. Este gasto ascendía anualmente á cerca de veinte mil libras esterlinas (500.000 francos). Jamás el almirante Cockburn había pensado que este gasto fuera excesivo, ni mucho menos había pasado por su mente la idea de hacer notar este exceso á los prisioneros. ¿Por ventura se estaba en el caso de tasar al antiguo dueño del mundo el amargo pan que le llevaban á su prisión? Por el contrario, parece que en cambio de la libertad que le quitaban en beneficio del reposo común, hubieran debido por respeto de sí propios ofrecerle todas las comodidades materiales. Sin embargo no fué así, y hoy que las tristes pasiones de 1815 se han apagado no puede menos de preguntarse cómo lord Bathurst fué capaz de exigir formalmente la reducción á ocho mil libras esterlinas de los gastos que se hacían en Longwood. Por lo demás, la cantidad no es nada, el todo está en la idea, y la Inglaterra no debe perdonar por su honor semejante indignidad á los que con ella han manchado su historia.

Debemos decir que cuando fué preciso ejecutar esta parte de sus instrucciones, comprendió sir Hudson-Lowe su inconveniencia y demostró un honroso embarazo. Pero manifestó una voluntad absoluta en lo concerniente á la declaración exigida á los miembros de la colonia, para lo cual redactó un documento que debían firmar, y en el que Napoleón era llamado general Bonaparte.

Como se ve, esta medida los colocaba en una de las más penosas posiciones que pueden darse. Que los que tenían prisionero á Napoleón le negasen sus títulos, no tenía nada de extraño de su parte; pero que sus compañeros de infortunio se prestasen á calificarle en un documento oficial firmado de su puño, con otro título que el que le daban todos los días, era querer hacerles contribuir á su caducidad. Así, pues, opusieron á la redacción propuesta por sir Hudson-Lowe una declaración, semejante en todo á la suya, con respecto á su conformidad formal en someterse á los reglamentos vigentes en Santa Elena, pero distinta con respecto á

los títulos atribuidos á Napoleón. El gobernador les anunció brutalmente que si no firmaban su declaración en todas sus partes los mandaría embarcar para Europa sin pérdida de tiempo. «No firméis, les dijo Napoleón, y dejad que os embarquen. Yo viviré aquí solo, en donde por lo demás no viviré mucho, y el mundo sabrá que por una cuestión tan miserable como esa me han separado de los últimos amigos que me han quedado.» Los desterrados no cedieron y sir Hudson Lowe, que en definitiva comprendía lo odioso de su proceder, propuso una transacción, la de suprimir los títulos de general ó de emperador designando al prisionero por su nombre propio de *Napoléon Bonaparte*, repitiendo que, si se negaban á firmar, un navío pronto á darse á la vela los conduciría á Europa; y todos se sometieron sin decirselo á Napoleón para no dejar solo, sin amigos, sin un secretario, sin un criado, al desgraciado amo de cuyo infortunio habían querido participar.

Sir Hudson-Lowe obró con más prudencia respecto de los gastos. Es muy posible que los criados de Napoleón y los de las tres familias que le acompañaban no pusiesen gran cuidado en economizar el dinero de la Inglaterra; pero lo repetimos, no comprendemos cómo en esta nación hubiese alguna persona que pensase poner coto á estos gastos. A pesar de todo, sir Hudson-Lowe se atrevió á hablar de este asunto al gran mariscal Bertrand procurando justificar su conducta con el cumplimiento de sus instrucciones, que fijaban en ocho mil libras esterlinas (doscientos mil francos) la cantidad necesaria para el sostenimiento del general Bonaparte. El gran mariscal Bertrand respondió con altanería que no sabía nada absolutamente de lo que le hablaba el gobernador, que todos vivían muy mal, que jamás se habían quejado, que ignoraban el coste de su triste manera de vivir, que por su parte no procuraría hacer estas averiguaciones, ni mucho menos hablar á su amo de esta cuestión.

Sir Hudson-Lowe insistió declarando que le era imposible ordenar el pago de las cantidades que gastaban, y el gran mariscal, confuso hasta el último extremo, habló de esta cuestión á los principales miembros de la colonia, no pudiendo dejar de comunicar á Napoleón las palabras que el gobernador le había dicho. Fácilmente se comprenderá lo que debió sufrir Napoleón. Acto continuo, mandó que le contestasen, que á pesar de la obligación que tenían las naciones de mantener á sus prisioneros, la más penosa de las condiciones de su cautividad era para él la de comer el pan de la Inglaterra; que siempre había deseado vivir con sus amigos á sus expensas; que aún abrigaba este deseo, y que si le permitían comunicarse con la Europa por medio de cartas cerradas, tenía una familia y amigos que no le dejarían en la indigencia, y que de este modo no se vería el gobierno británico en la necesidad de gastar ni las ocho mil libras esterlinas á que quería reducir los gastos de Longwood. Nuestros lectores habrán adivinado el motivo de esa respuesta. Aunque los miembros de la familia de Napoleón, y especialmente su madre, su tío, el príncipe Eugenio, contaban con los medios de atender á sus necesidades, no quería recurrir á ellos y pensaba tomar de la caja de Mr. Laffitte, en donde estaban depositados sus fondos, lo necesario para abonar sus gastos. Pero temía revelar la existencia de este de-

pósito y que fuese secuestrado como lo habían sido en Francia todos los bienes de los Bonapartes.

Al recibir esta respuesta, sir Hudson-Lowe declaró que transmitiría las cartas de Napoleón á sus banqueros, pero abiertas como lo exigían las instrucciones de lord Bathurst, é insistió en que Napoleón redujese sus gastos ó atendiese á ellos con sus fondos particulares. Indignado con este nuevo género de persecución, Napoleón ordenó al intendente de su casa, Marchand, que escogiese entre sus alhajas las que no necesitase, que las mandase romper para que no fuesen objeto de tráfico por haberle pertenecido, y que las enviase á James-Town para pagar con ellas á sus proveedores. Esta manera de responder produjo una gran confusión en el gobernador, porque al saber los habitantes de James-Town hasta qué punto se reducía á Napoleón, tuvieron vergüenza de la manera de obrar de su gobierno. Para atenuar este sentimiento que se expresaba muy á las claras, sir Hudson-Lowe mandó á sus confidentes que divulgasen la noticia de que Napoleón se hallaba nadando en oro, y que podía abonar sus gastos sin recurrir á estas miserables apariencias. Nuestro anterior relato basta para poner en claro los sucesos. Napoleón llevó consigo cerca de trescientos cincuenta mil francos en oro, y sus compañeros de destierro reunían entre todos doscientos mil sobre poco más ó menos. Él llamaba á esto su reserva, y no quería privarse de este último recurso, que desmembraba de cuando en cuando, bien para hacer una limosna ó bien para pagar un servicio. No queriendo tocar á esta suma, que no hubiera tardado en desaparecer, ni ofrecer una prueba material del depósito que tenía en casa de Mr. Laffitte, no le quedaba otro recurso que acudir á sus alhajas. Es verdad que su número era considerable y su valor más del que necesitaba para atender á sus primeras necesidades. Marchand, que cuidaba minuciosamente los efectos de su amo, tuvo bastante tiempo para recoger las alhajas del Elíseo, enviarlas á Rochefort, y con su producto podían esperar á que subiese el rubor á la frente de sir Hudson-Lowe ó de lord Bathurst.

Avergonzado por el giro que tomaba la cuestión, sir Hudson-Lowe anunció que por su cuenta y riesgo aumentaría provisionalmente á doce mil libras esterlinas (trescientos mil francas) el crédito fijado en ocho mil por lord Bathurst, y que pediría nuevas órdenes respecto de este particular. Los envíos de alhajas cesaron, y desapareció esta causa de innoble desavenencia. Por entonces llegó un nuevo almirante á reemplazar á lord Cockburn, no en el mando de la isla, sino en el de la estación naval. Este nuevo almirante era sir Pulteney Malcolm, personaje de un carácter elevado, y en cuyo rostro se pintaba la bondad de su corazón.

Al llegar á Santa Elena, hizo que le presentasen á Napoleón guardando todas las atenciones debidas al ilustre cautivo, y desde el primer momento logró agradarle. Su dignidad amable, su conmiseración respetuosa, produjeron efecto acto continuo en una naturaleza tan viva y tan sensible como la de Napoleón, y cautivaron su aprecio; así es que le trató en seguida como á un amigo y fué para con él tan cariñoso como expansivo. Sir Malcolm renovó frecuentemente sus visitas, y Napoleón dispuso que entrase á verle cuando se presentase, sin recurrir á una etiqueta que sólo ponía en práctica

para hacerse respetar de sus guardianes. Sir Malcolm, que no tardó en notar que uno de los mayores sufrimientos de Napoleón era la falta de sombra, porque los raquícos gomereros que formaban el bosque de Longwood no prestaban ninguna ó muy poca, mandó á buscar á bordo de uno de sus navíos una grande y hermosa tienda de campaña, y dispuso que sus marineros la colocaran cerca de las habitaciones de Longwood. Napoleón agradeció infinito esta delicada atención é iba muy á menudo á comer ó á trabajar bajo la tienda de sir Malcolm. Este último, no desperdiciando ningún medio para endulzar la suerte de los desterrados, creyó que contribuiría de un modo cierto á este resultado promoviendo una reconciliación entre Napoleón y sir Hudson-Lowe, con el fin de que si no se mejoraban las instrucciones de lord Bathurst al menos fuese más aceptable su ejecución. Habló de ello á Napoleón, le dijo que las instrucciones de lord Bathurst eran efectivamente exageradas y que sir Hudson-Lowe, obligado á conformarse con ellas, no había podido evitar algunas de las molestias que sufrían á los habitantes de Longwood; que no era malo y mal intencionado, pero que como al gobierno británico y á todos los gobiernos europeos, le atemorizaba la idea de que pudiese llevar á cabo una evasión semejante á la de la isla de Elba, que obraba poseído de este terror, siendo preciso perdonarle su comportamiento; pero que viéndole, acogiéndole con benevolencia, explicándose francamente con él, le tranquilizarían, suavizarían su carácter, y esta especie de acuerdo, de reconciliación, proporcionaría á los habitantes de Longwood una vida menos atormentada. «Os hacéis ilusión, respondió Napoleón al bondadoso intermediario, yo conozco á los hombres, y la cara de sir Hudson no puede ser más que la expresión de un mal corazón. También sé lo que es llevar á cabo una evasión, pero no pienso intentar una empresa de este género por dos razones; porque una evasión es imposible, y porque no me conduciría á nada. Ya no hay puesto para mí en el mundo, y no puedo aspirar á otra cosa que á terminar aquí mi vida, que no será muy larga, y á ocuparme en consignar algunos recuerdos para edificación de la posteridad. Si hago perder la razón á mis enemigos, yo no la pierdo tan fácilmente como ellos, y no trato de escaparme de su mano de hierro, sino de sus ultrajes. Que me dejen morir sin ofenderme, esto es todo lo que pido á vuestros compatriotas. No ganaré nada viendo de nuevo á sir Hudson-Lowe. Yo me sé contener cuando es necesario, pero el aspecto de ese hombre altera mis ojos, excita mi lengua, y no podré recibirle sin que suceda algo desagradable.» Sir Malcolm no se desanimó, é insistió para que Napoleón recibiese á sir Hudson-Lowe, quien deseaba verle y solicitaba este favor movido por un sincero deseo de conciliación.

Napoleón cedió á unas instancias cuyo objeto era tan amistoso, y consintió en recibir al gobernador, pero en presencia de sir Malcolm á fin de que hubiese un testigo de la entrevista. Sir Hudson-Lowe llegó en efecto acompañado del almirante y se presentó bastante entrecortado á su arrogante prisionero. Napoleón le recibió con finura y le dejó que se explicase extensamente justificando los procederes de que se quejaban en Longwood. Napoleón le respondió al pronto sin rencor y con un tono casi amistoso; pero habiéndose suscitado

con muy poco tino la cuestión de los gastos, cuestión reciente y más bien abandonada que resuelta, no pudo contenerse y le dirigió con la mayor dureza la siguiente reconvencción: «Me asombro, le dijo, que os atreváis á hablarme de ese particular. Yo no tengo costumbre de ocuparme de lo que pasa en mis cocinas. Si os conviene informaros, id á observarlas y no me habléis jamás del asunto. Si no tuviera á mi lado señoras y niños condenados como yo á un prolongado destierro, hubiera ido á sentarme á la mesa de los oficiales del 53, y estos buenos muchachos no se hubieran negado á compartir su comida con uno de los más antiguos soldados de la Europa; pero tengo que alimentar á muchas familias que desean con la misma impaciencia que yo no deber nada al indigno gobierno que nos oprime. Haced que yo pueda escribir á la Europa sin tener obligación de tomaros por confidente, y mi familia, la misma Francia no dejarán carecer de pan, ni á mí, ni á los amigos que han querido asociarse á mis infortunios.» Después de pronunciar estas palabras, apenas permitió Napoleón, arrebatado por la cólera, apenas permitió al gobernador que profiriese algunas frases, y dirigiéndose sólo al almirante, no hablando de sir Hudson-Lowe más que en tercera persona, cometió la falta de inferirle verdaderos ultrajes. Procurando el almirante excusar el proceder del gobernador con sus instrucciones, le respondió Napoleón que había misiones que no aceptaban nunca las personas que estimaban en algo su honor, que por lo demás sir Hudson-Lowe no era un verdadero militar, y que se conocía que había tenido con más frecuencia en sus manos la pluma del oficial de estado mayor que la espada del soldado. Al escuchar esta ofensa sir Hudson-Lowe, que tuvo el mérito de contenerse respetando en Napoleón el infortunio más grande del siglo, se separó de él temblando de ira y declarando que no volvería á poner los pies en Longwood.

Apenas se alejó, Napoleón, avergonzado por no haberse podido contener, se excusó con sir Pulteney Malcolm, diciéndole que no se hubiera acalorado si el gobernador no hubiera cometido el desacerto de hablarle de la innoble cuestión de sus gastos; que se temía que la entrevista concluyese mal; que el rostro de sir Hudson-Lowe producía en él una impresión desagradable que no podía dominar; que no había obrado bien, que lo reconocía, y añadió esta frase que le absolvía de su culpa: «Sólo tengo una excusa, señor almirante, una sola, la de que ya no estoy en las Tullerías. No me perdonaría el ultraje que he inferido á sir Hudson-Lowe si no me viera en sus cadenas.»

Apaciguadas estas agitaciones que llenaron una parte del año 1816, la vida de Napoleón entró en la monotonía de la que no debía apenas separarse hasta su muerte, y que sólo se veía interrumpida de cuando en cuando por los sufrimientos. Sus costumbres eran siempre las mismas. No teniendo más que un sueño frecuentemente interrumpido, sobre todo cuando se acostaba temprano por no saber cómo ocupar la noche, se levantaba, leía, dictaba, si Marchand estaba en disposición de escribir, volvía á acostarse cambiando de cama, buscaba de este modo el sueño que le abandonaba, montaba á caballo desde el amanecer, y paseaba por el espacio que, según él decía, era *el círculo de su infierno*. Este paseo constantemente repetido le desagradaba más

cada día; y no quería traspasar sus límites por evitar la compañía del desventurado oficial encargado de su custodia. Hasta el placer que experimentaba conversando con algunos de sus vecinos, tales como el viejo negro y la viuda con sus dos hijas, que le ofrecían flores, hasta este placer, repetimos, le faltaba, porque temía comprometerlos excitando contra ellos la sombría desconfianza del gobernador. Apenas se atrevía á dispensar en torno suyo algunos beneficios, para que no creyesen que con estos actos de generosidad preparaba los cómplices de su quimérica evasión. Estas molestias, obrando sobre una organización irritable, que no sabía dominarse más que en los grandes peligros, le condenaban á una verdadera tortura. «¡Ah!, decía á Mr. de Las Cases, por qué no vivimos libres en las orillas del Ohio ó del Mississipi, rodeados de nuestras familias y de algunos amigos! ¿No comprendéis el placer que experimentaríamos recorriendo sin fin y con toda la velocidad de nuestros caballos las vastas selvas de la América? Pero aquí sobre esta roca apenas hay espacio para dar una carrera á galope.» Cuando los rayos del sol tropical quemaban su frente, volvía á su casa y se refugiaba en la tienda de sir Malcolm; pero al hallarse bajo aquella sombra sin encantos, una encina, una encina, exclamaba, y pedía con pasión que le devolviesen el follaje de este hermoso árbol de Francia!..

Al regresar de su paseo á caballo, se echaba en la cama, procuraba pedir á su cansancio algunos instantes de sueño, y después tomaba un largo baño, costumbre que no tardó en serle funesta porque le debilitaba, pero que le agradaba con extremo porque aliviaba un dolor de costado que sufría y que era el primer signo de la enfermedad que debía conducirle al sepulcro. Cuando salía del baño trabajaba, leía, dictaba, continuaba dedicándose á las ocupaciones que ya hemos descrito, y concluía el día con sus amigos, leyendo en comunidad, ó relatando los episodios de su vida, siempre escuchados con la misma avidez. Y estos días no eran los más tristes de su cruel existencia, cruel para cualquier hombre, pero particularmente para él que había empleado su vida en agitar al mundo; había otros, y éstos eran los días más frecuentes, en los que soplaban el viento del Cabo, viento seco, áspero, que ataca de un modo doloroso á los nervios, que inclina hacia la tierra las plantas y los árboles, impidiendo que brote la hierba, de modo que sobre aquella roca, rodeada por las nieblas del Océano, estaban sus habitantes expuestos unas veces á una humedad que penetraba los vestidos y otras á una corriente de aire continua y asoladora. Cuando reinaba este viento, Napoleón no salía de casa, no tomaba el aire, caía en una profunda tristeza, y se preguntaba si al destinarle á aquella isla espantosa no habían tenido la intención de abreviar sus días, confirmando en esta amarga persuasión al saber que cerca de su morada se levantaba en un valle frondoso y abrigado el agradable palacio de Plantación-House. «Si desean mi muerte, decía, ¿por qué no me tratan como á Ney? Una bala dirigida á mi frente hubiera bastado. Pero la Europa me aborrece tanto como la emigración, y no tiene su valor; no se hubiera atrevido á matarme, pero me condena á morir lentamente...» Napoleón se engañaba. Europa quería más que nada guardarle, y con esta preocupación no se cuidaba de saber si las precauciones que tomaba

para asegurar su custodia podían conciliarse con el interés de su salud. Dejaba este cuidado á la Inglaterra, que tampoco hacía caso de esta consideración confiando á un ministro la misión de velar por el cautivo, y este ministro se fiaba á su vez para todo en un subalterno, tan pronto atemorizado por su responsabilidad como furioso por las ofensas de sus prisioneros. Lord Bathurst, como hemos dicho ya, cometió el culpable descuido de no exigir de la Compañía de las Indias el abandono de Plantación-House, y sir Hudson-Lowe no tuvo la delicadeza de ofrecer este palacio á Napoleón, prefiriendo conservarle para su familia (1). Existían, pues, motivos menos perversos, pero más bajos que los que suponía Napoleón. No querían asesinarle, pero le dejaban morir poco á poco á manos de los subalternos, los que le sacrificaban porque no podían pensar en él sin miedo.

Sir Hudson-Lowe había llevado consigo madera para construir una nueva casa, muebles y libros. No era madera lo que se necesitaba para estar al abrigo de una temperatura tan pronto húmeda como abrasadora, sino sólidos materiales. Napoleón rechazó sus ofrecimientos, excepto el de los libros, y deplorando la triste elección que de ellos habían hecho, tomó unos cuantos que devoraba y que eran por la noche el objeto de sus conversaciones. Las veladas de Longwood, aunque tristes, estaban, por decirlo así, iluminadas con el brillo de su inteligencia. La conversación era unas veces picante, casi alegre (lo que no sucedía á menudo), otras elevada, sublime y por desgracia muy superior á la comprensión de su auditorio, acerca de la historia, de la guerra, de las ciencias y de la literatura.

De vez en cuando jugaba con los niños de Mma. Bertrand y Mma. de Montholón, les hacía recitar las fábulas de La Fontaine, sentía que hubiese en ellas tanta profundidad perdida para ellos, y encontrando el argumento que convenía á cada asunto, á cada interlocutor, daba á los niños las explicaciones más á propósito para persuadirlos. Uno de los hijos de Mma. de Montholón se quejaba de que le obligasen á trabajar todos los días, y Napoleón le decía: «¿No comes todos los días, querido mío?—Sí, señor.—Pues bien, una vez que comes todos los días, es preciso que trabajes también todos los días.» Abandonando después á los niños, su genio volaba á las regiones más elevadas de la política y de la filosofía.

Entre los libros transportados á Santa Elena había algunos folletos de actualidad, que habían creído que podían interesarle. Los unos le atacaban, los otros atacaban á sus adversarios. Entre estos últimos se hallaba el *Dictionnaire des Girouettes*, que después de 1815 obtuvo un gran éxito porque estigmatizaba la volubilidad de los contemporáneos que con tanta facilidad se pasaban de un gobierno á otro para conservar sus destinos. Este libro, escrito por adversarios de los Borbones, agradaba, como era natural, á los pobres desterrados, viendo con una inmensa satisfacción que se castigaba en él á

(1) No caluniamos á sir Hudson-Lowe, quien dijo en uno de sus despachos, que si hubiera encontrado en la isla una habitación cómoda para él y su familia se hubiera apresurado á ceder Plantación-House á Napoleón. Esto prueba que atendía á sus conveniencias personales antes que á las de su prisionero, quien hubiera debido merecer la preferencia sobre el general Lowe y su familia, por interesante que ésta fuese. (N. del A.)

los que en vez de estar como ellos en la isla de Santa Elena llenaban los salones de las Tullerías desaprobando la usurpación á la que habían prestado sus servicios, y celebrando la legitimidad contra la cual habían combatido. Napoleón se sonrió el primer día, pero no pudiendo después soportarle cogió el libro y lo arrojó de su lado.

«¡Es un libro detestable, exclamó, que envilece á la Francia y á la humanidad! Si fuera cierto lo que dice, la revolución francesa, que ha inaugurado el más generoso de los principios, no hubiera hecho de todos nosotros, nobles, clase media y pueblo, más que una banda de miserables. Todo eso es falso é injusto. Recordad las guerras de religión en Francia, en Inglaterra, en Alemania, y hallaréis estos cambios interesados en el mismo número y por motivos tan insignificantes. Enrique IV ha presenciado otros tantos como yo y como Luis XVIII. La Fronda ha ofrecido también gran número de mutaciones de este género, y la Francia que algunos años después ganaba las batallas de Rocroy y de las Dunas, que producía *Poltuto*, *Athalía* y las *Orações fúnebres* de Bossuet, no estaba envilecida. Temed ese placer que se disfruta al ver castigados á nuestros adversarios, porque no debéis dudar de que el arma que se emplea para castigarlos tiene dos filos, y puede herir á vosotros también.» Y como dijese á Napoleón que los hombres á quienes quería excusar le habían hecho traición: «No, respondía, no me han hecho traición, me han abandonado, lo que es muy diferente. Hay muchos menos traidores de lo que suponéis, pero hay en cambio una gran cantidad de personas débiles, que ceden á las circunstancias, porque tienen cien veces más fuerza que ellos...» Napoleón comprendía, sin decirlo, que aquellos hombres, agotados por el abuso que había hecho de sus fuerzas, habían acabado por sucumbir al cansancio y por ir á buscar á las órdenes de otros dueños el premio de los servicios reales que habían prestado á la Francia. «Fouché, añadía Napoleón, es el único verdadero traidor que he conocido. Marmont, el desgraciado Marmont que me ha hecho más daño que Fouché, no era un traidor. La vanidad, la esperanza de desempeñar un gran papel le sedujeron, y creyó al abandonarme, al privarme de los medios de concluir con la coalición en París, salvar á la Francia de una espantosa catástrofe; pero no me vendió como Fouché.» Asombrados sus auditores de tanta indulgencia, preguntaban á Napoleón por qué, reconociendo en 1815 que Fouché le hacía traición, le había dejado obrar á sus anchas. «La cuestión, respondió, no dependía de la conducta de un hombre, cualquiera que fuese su importancia, sino de una batalla ganada ó perdida; y si antes de esta prueba hubiera yo dado un escándalo tal como el de acusar á Fouché, hubiera quitado fuerza á mi gobierno. Debía tener paciencia, esperar, demostrando á Fouché que mis ojos no estaban cerrados. Él se ha vengado de mi indulgencia despreciativa; pero después de Waterloo, aunque no hubiera existido un hombre tan peligroso como Fouché, me hallaba perdido... Los traidores, repetía Napoleón, abundan menos de lo que os figuráis. Los grandes vicios, las grandes virtudes, son excepciones. La masa de los hombres es débil, y por lo tanto inconsecuente, busca fortuna como puede, procura su bien sin querer perjudicar á nadie, y merece más compasión que odio.

Es preciso aceptarla tal cual es, utilizarla del mismo modo, y tratar de educarla si es posible; pero, no lo dudéis, no es llenándola de insultos como se logra levantarla del polvo. Al contrario, es preciso persuadirla de que su valor es mayor del que tiene, si se quiere que dé de sí todo lo bueno que puede producir. En el ejército se dice á los cobardes que son valientes, y de este modo se consigue que lo sean. En todo hay que tratar á los hombres de esta manera, atribuyéndoles las virtudes que se quiere inspirarles...»

De esta cuestión pasaba Napoleón á otra en la que desplegaba la misma filosofía práctica y la misma elevación de miras. «Desconfiar demasiado de los hombres, decía, es debilidad y no penetración. De este modo se llega á dudar de todos, á no saber de quién servirse, y se pierden con frecuencia los instrumentos de mayor utilidad. Añadid á esto que si se nota en vosotros esta disposición, cada cual procura excitarla en su provecho. Si yo hubiera escuchado las insinuaciones de mis servidores, no hubiera visto más que pícaros en el ejército ó infieles en el interior. Aquí mismo, amigos míos, sois poco numerosos, estáis obligados á agradaros mutuamente; pues bien, yo no os creo cuando me habláis de alguno de vosotros, y tengo razón. (Napoleón aludía á ciertas divisiones nacientes, que comenzaban á turbar su reposo.) No, continuaba, es necesario no creer á los hombres cuando los unos hablan de los otros. Lannes ha muerto en mi concepto como un héroe, y decía con frecuencia tales cosas que hubiera debido, dándole crédito, perseguirle como culpable de alta traición... Esto es lo que después de una larga experiencia me ha inclinado á considerar la violación del secreto de las cartas como inútil y peligrosa. Lo que se encuentra en las correspondencias no son las conspiraciones, porque nadie conspira por el correo, sino el lenguaje de la ociosidad, del rencor, de la malevolencia. El que quisiere oír hablar de sí á sus amigos, aun los mejores, sería un loco, un imprudente; y esto si llegaba á conseguirlo. En este caso odiaría á sus más verdaderos amigos, porque obramos con demasiada ligereza cuando hablamos los unos de los otros. Así pues, escuchando las apreciaciones que hacen de nosotros, sentiríamos un odio mortal hacia las personas que deberían inspirar nuestro mayor afecto. Leer las cartas es escuchar las conversaciones de todo el mundo, y de esta lectura resultan prevenciones, injusticias que dañan, no á los que escriben, sino á los que sorprenden sus secretos. El gobierno se priva de instrumentos preciosos, el simple particular convierte en formales enemistades amistades ligeras en el lenguaje si se quiere, pero sinceras en su adhesión. Mejor es no saber todo lo que se dice, porque aun cuando se tenga mucha fuerza de voluntad, hay cosas que cuesta gran trabajo perdonarlas, y el medio más seguro de perdonar es ignorarlas por completo.

Otra vez, cogiendo algunos de los horribles libelos publicados contra él en Inglaterra, recorría la serie de las grandes calumnias de que era objeto. «Si se da crédito á mis enemigos, decía, yo fui quien asesinó á Kléber en Egipto, quien levantó la tapa de los sesos á Desaix en Marengo, y quien estranguló á Pichegrú en su calabozo... ¡Kléber, exclamaba, Desaix, Pichegrú! Yo hacía mucho caso de Kléber á pesar de sus defectos. Le gustaban demasiado los placeres, y algunas veces se